## 🏞️ 1. EL PRECIO DEL SILENCIO: MIRAR HACIA OTRO LADO

A tan solo cinco kilómetros de una frontera, en un día señalado por la fe, un pueblo entero se detiene. Es jornada sagrada de reflexión, arrepentimiento y reconciliación con Dios y con los demás. Una celebración que llama a los jóvenes a participar en ayunos, en servicios religiosos, en la preparación de comidas compartidas, en el silencio de la introspección y en el recuerdo del año que se va.

Un país entero, recogido en la solemnidad, se sumía en el espíritu de la expiación. Sin embargo, en abierta desobediencia, más de tres mil quinientos jóvenes se reunían en un festival de música, el "NOVA". Aquella fiesta, en pleno octubre, se transformó en infierno: la alegría quedó truncada por un atentado atroz que sembró destrucción y llanto, arrebatando la vida de mil cuatrocientas personas y dejando tras de sí el secuestro de más de doscientas.

El golpe reabrió heridas nunca cicatrizadas, justo en la fecha en que se cumplían cincuenta años de otro episodio sangriento. La violencia vino a desgarrar lo que ya estaba roto y a castigar nuevamente a quienes aún lloraban a sus muertos.

Como Ser Divino que soy, condeno al que sembró el terror y el miedo, cegando miles de vidas sin pensar en las consecuencias. Pero también condeno al que, en lugar de romper el ciclo del odio, eligió la ley del Talión —"ojo por ojo, diente por diente"— y multiplicó por mil la venganza, dejando al final a todos ciegos.

El perdón no fue escogido. Se optó, en cambio, por cargar sobre un pueblo entero, sobre una etnia entera, el peso del dolor y de la herida, condenándolos al exterminio.

Es una historia que se repite desde hace setenta y cinco años, un conflicto ocultado tras muros altos levantados para no mirar lo que ocurría al otro lado. Pero lo invisible no deja de existir por no ser visto: el problema permanece, aunque se intente tapar con un dedo.

Hoy la muerte no llega solo con las bombas: llega con la hambruna, con la enfermedad, con la desesperanza. Un pueblo extenuado corre sin tierra bajo sus pies; un pueblo arrinconado, empujado poco a poco hacia la desaparición, hacia el mar. Se le arrebata la tierra, el agua, el pan; se le niega la ayuda humanitaria ni el auxilio médico; se destruyen hasta los campos de refugiados, sin pudor alguno.

Y me pregunto: ¿qué será de los niños que crecen en este infierno, en el improbable caso de que sobrevivan?

La indignación crece aún más cuando escucho a ciertos mandatarios, sin vergüenza ni pudor, declarar con cinismo que, cuando todo un pueblo sea exterminado, levantarán allí resorts de lujo donde los ricos y poderosos pasearán su impunidad disfrazada de turismo. Esas palabras hieden: producen hartazgo, repulsión y asco, porque transforman el dolor humano en mercancía y la muerte en negocio.

Mientras tanto, quienes sienten compasión por las víctimas son acusados, señalados, tachados de terroristas o de antisemitas. ¡No, señores, no! No se trata de estar contra un país, contra un pueblo o contra una religión. Se trata de estar contra la barbarie, contra el genocidio, contra la pérdida de los valores más esenciales de la humanidad.

Porque, como siempre ocurre en la guerra, los que la provocan no son quienes sufren sus consecuencias; al contrario, muchos se enriquecen con el dolor ajeno. Y mientras los días pasan, las cifras aumentan: diez mil, treinta mil, cincuenta mil, sesenta mil muertos… y el mundo, indiferente, vuelve el rostro hacia otro lado.

¿Qué diremos a las generaciones futuras cuando pregunten dónde estábamos? Cuando nos pregunten por qué callamos, por qué apartamos la mirada, ¿qué responderemos?

Yo sé que llegará el día en que, como humanidad, se nos juzgará por una sola medida:

**El Amor.**

*"La historia no nos juzgará por la astucia política ni por los cálculos estratégicos. Nos juzgará por si fuimos capaces de amar incluso cuando era más difícil."*